



# Jardín

Daniel Espartaco Sánchez

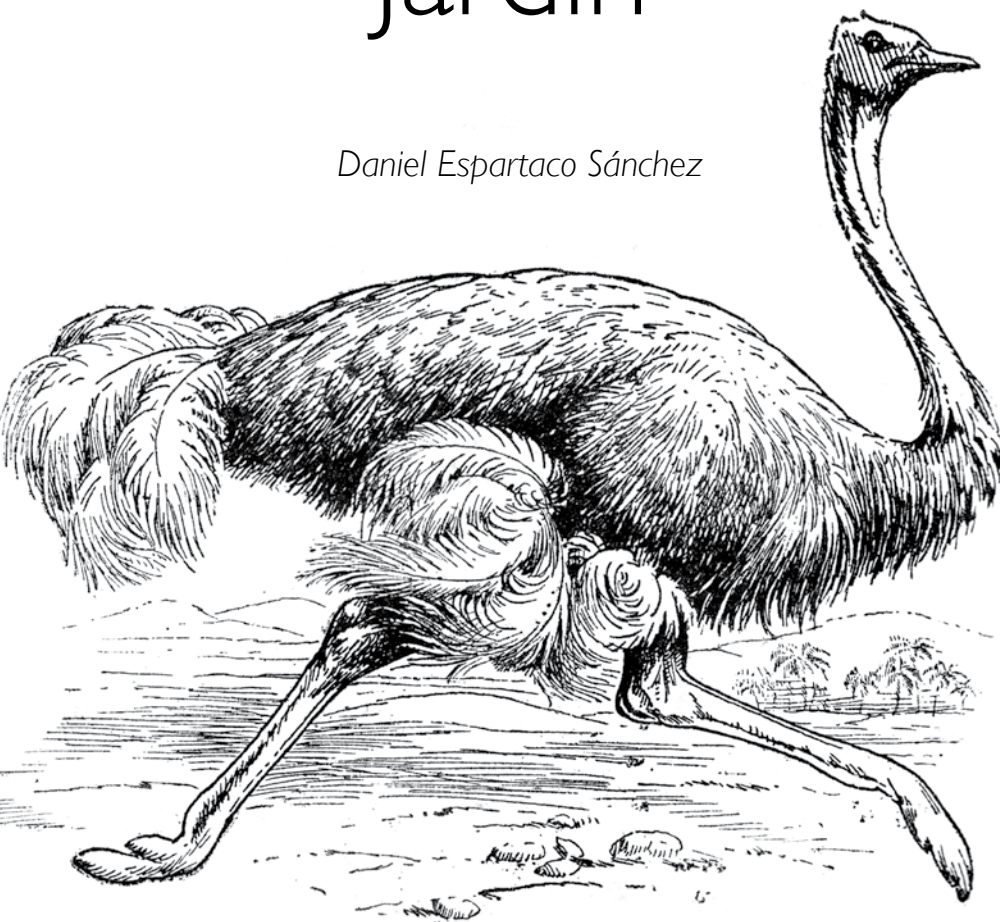


Ilustración: Edric Vredenburg y Rose Yeatman Woolf,  
en *Bird Life, Reptiles and Etc.*,  
London: Raphael Tuck and Sons, 1913

SÓLO HABÍA DOS CANALES de televisión; en el público transmitían dibujos animados de algún país socialista, y en el privado, telenovelas cuyos argumentos nos parecían soporíferos. Por eso durante las vacaciones, cuando estrenamos la videocasetera, mi hermana Lucila y yo alquilamos dos o tres películas diarias hasta que nos acabamos la existencia del videoclub del barrio, salvo lo que estaba en la carpeta forrada con plástico y la etiqueta con tres equis.

Fue poco antes que mis padres se divorcieran, faltaba una semana para regresar a la escuela y pasábamos las tardes solos mientras ellos estaban en el trabajo. Después de poner la videocasetera, y antes de sentarnos en el sofá —Lucila ya había llenado un recipiente de plástico con palomitas hechas en el microondas—, recordé que habíamos olvidado cerrar la puerta del jardín. Esto molestaba a mi madre porque los perros callejeros y los de los vecinos defecaban en el césped, y el jardín era muy importante para ella, éramos los únicos en la calle con una valla de truenos, geranios, dos metros cuadrados de césped y un rosal esmirriado.

—Voy a cerrar el barandal —dije.

Fuera de la televisión y las ilustraciones de los libros, nunca había visto uno en persona, hablo del avestruz que giró la cabeza hacia mí desde el jardín, junto al rosal: la cabeza de huevo más de un metro por encima de mí, el cuello arrugado, de una textura repugnante, y el plumaje negro ceniciento como la ropa que usaba mi abuela de Xalapa para ir a misa.

Parecía un animal agresivo, a pesar de que uno se imagina al avestruz como una especie amigable. Sentí pánico y cerré la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucila.

—Hay un avestruz en el jardín.

Los perros eran una molestia constante, pero nadie había considerado la posibilidad de un avestruz. Lucila, que debía tener unos siete años, hizo un mohín con la nariz y la mitad de la cara. Me estás tomando el pelo, parecía decir, y concentró su atención en la pantalla del televisor, donde ya había comenzado la primera película de la tarde: *Davy Crockett*, la versión de Disney.

—De verdad —dije.

Aunque quise impedirselo —era más rápida que yo—, me empujó hacia un lado, abrió la puerta, ¿qué tal si el avestruz se metía a la casa?, y así fue como comprobó que en el jardín no había nada: la verja estaba abierta, era todo, ni rastro de un avestruz.

—¿Ves? —dijo ella, de manera pedagógica.

Contoneó las caderas como si fuera a hacer un paso de baile y señaló hacia afuera con el mentón, los brazos cruzados, un gesto materno heredado.

—Ya sabes cómo se pone mi mamá cuando dejas abierto el barandal.

Había oído hablar de alucinaciones, sabía que podías experimentarlas si eras alcohólico o drogadicto, pero yo sólo era un púber aficionado al refresco de cola. Caminé hasta la calle y vi correr hacia mí dos avestruces con los picos abiertos y los cuellos tensos hacia adelante. Podría decirse que eran agraciados, aunque no hablo de la gallardía de los caballos o la elegancia de los felinos.

—¡Lucila —grité—, ven, mira, avestruces!

Mi hermana salió de la casa con esa mirada escéptica que la hacía parecer un pequeño adulto y su rostro se transformó, sus labios gruesos y partidos formaron una “o” de asombro, y dio un paso atrás:

—¡Oooooooooooooooooo! —gritó.

Los avestruces corrían en libertad por la calle, en un barrio obrero de una ciudad del norte de México.

¿No se supone que viven en África? ¿Qué estaban haciendo ahí? Pero detrás de ellos venía la aburrida y lógica explicación para todo: también sobre dos extremidades, mucho menos graciosos, yo diría que casi ofensivos, dos hombres corrían con bastones largos que terminaban en horcas.

Cuando uno de los avestruces se detuvo frente a nosotros y protegí con mi cuerpo a Lucila, una horca le sujetó el cuello y lo arrastró hacia un remolque para caballos estacionado unos metros adelante; era más bien un remolque para avestruces.

—Cuidado —dijo el hombre—, son peligrosos.

¿Peligrosos?, pensé, son pájaros. El segundo avestruz fue capturado de la misma manera. Nos acercamos al remolque, donde uno de los hombres colocó el pasador, mientras el otro abría la puerta del copiloto.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Unos graciosos quitaron el pasador —dijo el hombre.

Tenía el rostro curtido y dos arrugas le surcaban la cara como tajos de hacha, sus manos morenas, de nudillos brillantes, eran musculosas y velludas. Me hubiera gustado tener unas manos así, ser un hombre que pudiera cazar avestruces, tener un remolque.

—¿Para qué son? —preguntó Lucila—, ¿qué van a hacer con ellos?

El hombre vestía una camisa a cuadros, pantalones y botas vaqueras, y dijo, con una sonrisa de diente de oro:

—Los avestruces son el futuro —y golpeó con la palma la puerta del remolque.

En la mano del hombre había un anillo de graduación, de plata, grueso, con una gran piedra e inscripciones alrededor. Fue el verano que mis padres se divorciaron y mi abuela se llevó a Lucila a vivir con ella a Xalapa. Puedo recordar muy bien el anillo, veinte años después, no sé por qué, como recuerdo bien la frase esa de que los avestruces eran el futuro. 